

de Agosto salió de aquel pueblo el Capitán Luis G. Enciso con una fuerza de 100 hombres á practicar un reconocimiento por un lugar llamado Chumiampaco, y los indios, creyendo encontrar una oportunidad para destruir aquella fuerza, la atacaron con denuedo resueltos á vencerla. El Capitán Enciso se defendió con la energía de un héroe y sostuvo el combate desde las 7 de la mañana, hasta las 4 de la tarde.

A esta hora le llegó un refuerzo de 60 hombres enviado desde Córorit y creyendo los indios que era de mayor número, se retiraron llevándose doce muertos de la fuerza de Enciso y algunas armas y dejando 28 heridos.

Según el parte rendido por este Oficial, los indios perdieron como 100 hombres, número que me parece exagerado, pero que no tengo medio de rectificar.

Las fuerzas que hacían la campaña en el Río Mayo, habían emprendido una persecución muy vigorosa sobre las pequeñas partidas de indios que se mantenían armados. El Coronel Antonio Rincón, después de haber limpiado ambas márgenes de aquel río, recorrió con una columna el territorio comprendido entre él y el Yaqui, y en algunos combates en que destruyó algunos grupos de sublevados, les hizo 28 muertos y 72 prisioneros.

Parecía increíble que los indios se sostuvieran todavía después de tantos reveses y cuando á causa del hambre morían aún más que por mano de los soldados. Cajeme comprendió que era imposible sostenerse por más tiempo en el Yaqui, en donde por completo se habían agotado los medios de vivir y determinó trasladarse, con cuantos guerreros pudo reunir, á la inmediata Sierra del Bacatete. En esta última posición siquiera podría hacer excursiones por los ranchos vecinos para proveerse de subsistencias y esconderse en seguida en las quebradas de las montañas, mientras el trascurso del tiempo le deparaba una oportunidad para renovar la lucha. No le salió enteramente mal este proyecto, pues durante el mes de Septiembre varias partidas de indios destacados de la sierra, se apoderaron de algunos ganados del rancho de San Lorenzo, lo llevaron á la sierra y pudieron mitigar el hambre, que llegaba ya á su último grado. Ejecutaban estas depredaciones sin ser molestados, pues las fuerzas habían quedado á sus espaldas, en el Yaqui, á larga distancia y con la cordillera del Bacatete de por medio. Cuando el General en Jefe recibía en Alamos las noticias de estos merodeos ó las recibían los Jefes de los destacamentos del Yaqui ó el Gobernador del Estado en Hermosillo, ya los indios habían tenido tiempo de sobra para regresar á la sierra.

Tan bien le habían salido á Cajeme sus expediciones que resolvió emprender una personalmente con el fin de recorrer varios ranchos y apoderarse del mayor número de ganado que fuera posible, pues temía que pronto se le habían de impedir aquellas salidas y deseaba aprovechar el tiempo, acopiando en sus madrigueras todas las provisiones que pudiera recoger. Efectivamente, habiendo reunido unos 500 indios, emprendió con ellos la marcha el 26 de Septiembre, atravesó la sierra y pasando por Punta de Agua atacó el rancho llamado Pocitos de Aguirre, en donde los vecinos se defendieron encerrados en una casa, y en pocos días recorrió los ranchos del Alamo, la Sanguijuela, San Lorenzo y las Chinchas, inmediato al pueblo de San Marcial, recogiendo cuanto ganado encontraba. En Pocitos de Aguirre fueron muertos por los indios D. Fermín Escobar y José Valencia.

El General Topete, que tenía á la sazón el mando inmediato de las fuerzas del Yaqui, al saber las primeras depredaciones de los indios, destacó de Tórin al General Lorenzo García con una columna de 400 hombres de infantería federal y del Estado para que persiguiera á los Yaquis refugiados en la Sierra. Algunos prisioneros que este jefe logró recoger, le informaron que Cajeme había salido rumbo á San Marcial y se propuso seguirlo, dando parte al Gobierno del Estado de su marcha.

A la vez, y cuando los indios se habían sentido en Pocitos de Aguirre, el Secretario de

Gobierno, por ausencia del Gobernador del Estado que había emprendido un viaje á Moctezuma, mandó de Hermosillo al Capitán del 11° Regimiento, Miguel Rivera, con 25 hombres de este cuerpo y 35 de Guardia Nacional, con el fin de que se reunieran en el Mineral de las Prietas con 25 hombres más organizados allí violentamente y otros 30 que tenía el Gobierno del Estado de guarnición en San Antonio, y que también se habían hecho marchar por el mismo lugar.

El día 10 de Octubre ya el Capitán Rivera había reunido esos 115 hombres en las Prietas y emprendía su marcha en busca de los indios.

Por otra parte, D. Francisco Tapia había organizado en la Misa 50 hombres de caballería y marchó con ellos por el Reparo, procurando incorporarse con Rivera. Todo se preparaba para darle un nuevo golpe á Cajeme, y hubiera sido necesario que éste estuviera informado con oportunidad de los movimientos de estas fuerzas y de la marcha del General García, para que hubiera podido escaparse huyendo violentamente á las montañas. Pero Cajeme ignoraba lo que se tramaba en su contra, y con toda tranquilidad y sin apuro se llevó á la sierra con sus guerreros una partida considerable de ganado que había podido recoger en los campos. El General García apresuró su marcha: el 2 de Octubre se le reunió en el Reparo D. Francisco Tapia con sus 50 caballos. Había dejado á los indios á sus espaldas, pues carecía también de noticias é ignoraba el lugar donde podría encontrarlos, y tuvo que contramarchar, guiado por la caballería de Tapia, para seguir la huella de Cajeme.

El 3 en la madrugada, llegó al campamento donde los indios habían pernoctado, en un punto llamado Paroscahui (Cerro de las Liebres) no lejos de San Lorenzo. Los indios descansaban aún, ignorando que tuvieran tan cerca al enemigo, y el General García procuró circunvalarlos en silencio para tomarlos á todos prisioneros ó hacerles mayores destrozos; pero la operación no fué bien ejecutada, y habiendo sentido los indios el movimiento, huyeron dispersos en medio del tiroteo que les hicieron las fuerzas. La caballería de Tapia los persiguió acuchillándoles. Los Yaquis dejaron 30 muertos en el campo y algunos rifles. La fuerza de Tapia tuvo un muerto y la del General García un herido. El Capitán Rivera supo este acontecimiento en Punta de Agua y de allí regresó á Hermosillo.

A pesar de este nuevo descalabro, los indios volvieron á salir de la sierra sobre el Rancho de San Lorenzo, y el 8 de Octubre se apoderaron de una nueva partida de ganado. También por el Rancho de Buenavista hicieron varias salidas; atacaron el día 18 el Rancho del Cajón, cerca de Bayoreca, incendiaron una casa y dieron muerte á un individuo; y por el Valle de Guaymas salían continuamente pequeños grupos que se apoderaban de los animales que encontraban y robaban los sembrados. De esta manera habían conseguido alimentarse y recobrar su acostumbrada audacia, quebrantada más que por la persecución que se les hacía, por el hambre.

En el camino del Médano había algunos indios sometidos, viviendo bajo la protección de las fuerzas, y queriendo los sublevados castigarlos por haber adoptado el partido de la paz, un día se acercaron al campamento, se pusieron en acecho, y aprovechando un momento en que los indios pacíficos se retiraron un poco de los vivacs, los sublevados hicieron prisioneros á diez de ellos y se los llevaron al bosque, en donde tal vez fueron inmolados para ejemplo de los demás que quisieran someterse. Los Mayos, alentados por el ejemplo de los Yaquis, comenzaron también á moverse y se pudo notar que pretendían de nuevo juntarse en los bosques para continuar la lucha.

Pero esta defensa heroica de los indios no podía prolongarse por más tiempo. Muchos de ellos, perdida ya la fe en el triunfo y aguijoneados por el hambre y la miseria, habían abandonado el Yaqui y la sierra, refugiándose en las haciendas del Valle de Guaymas y en los ran-



chos y poblaciones del interior, á donde llegaban en pequeños grupos pidiendo pan y trabajo: otros se sometían á las fuerzas y vivían á la sombra de los campamentos y muchos habían muerto por las balas, por el hambre y por la peste. Los que se mantenían armados, defendiéndose todavía, eran ya muy pocos, dispersos en pequeñas partidas que era inútil pretender reunir.

Cajeme comprendió que llegaba el momento de sucumbir, que no era posible sostenerse más en aquella lucha, y tuvo la idea de someterse; pero someterse á su manera, como en otras épocas se habían sometido los indios después de dos ó tres combates en que, no obstante haberlos vencido, comprendía el Gobierno que no podía dominarlos por completo, sino al fin de una larga y penosa campaña, y retiraba sus fuerzas de los Ríos, dejando á los rebeldes independientes y sin más freno que una protesta de sumisión.

Con la esperanza de lograr una vez más este resultado, Cajeme, que había vuelto al Yaqui, mandó á un indio que se presentara al General Hernández, Jefe de la guarnición del Médano, y le dijera en su nombre que varias veces se le habían enviado proposiciones de paz por medio de indios prisioneros (lo cual era cierto); que si el Gobierno quería efectivamente terminar la guerra se lo dijera por escrito, pues él estaba dispuesto á aceptar aquellas proposiciones. El General Hernández recibió al enviado de Cajeme el 18 de Octubre, y después de oír el mensaje, le dirigió al jefe indio una comunicación oficial y una carta en que á él y á todos los suyos les ofrecía que serían respetadas sus vidas é intereses si se sometían, haciéndoles presente que el Gobierno quería la paz en beneficio de los mismos indios, para que no perecieran todos por el hambre ó por la guerra, y que no les exigía otra cosa que el respeto á las leyes, concediéndoles en cambio todas las garantías que á los demás ciudadanos de la República. Cajeme recibió los pliegos en que se le hacían estas proposiciones: pero no era eso lo que él quería, sino conservar su dominación sobre las tribus.

Nada se decía allí de retirar las fuerzas de los Ríos, y éste era precisamente el punto principal de la cuestión. Cajeme dirigió entonces una carta al General Hernández, carta que revela toda la insolente energía y toda la obstinación de aquel indio. Es digna de que la conozca el público y la copio textualmente á pesar de todas sus incorrecciones:

«Río de Yaqui, Octubre 19 de 1886.—Sr. General Juan Hernández.—Médano.—Sr. General: De todos sus destacamentos que tienen ustedes en este Río, varias veces nos han mandado algunas tristes mujeres que han agarrado presas en los campos y también algunos indígenas que han tomado prisioneros que por casualidad les han perdonado la vida y por medio de estos poblanos y poblanas nos han mandado ustedes ofrecer la paz en palabra y también por escrito, sin ningún carácter oficial; pero aún sin embargo de esto, si á ustedes les conviene hacer la paz, yo la recibo con mucho gusto en unión de todos los habitantes de este Río y del Río Mayo, y desde luego nos sometemos todos en unión á la obediencia del Gobierno, bajo la condición de que dentro de quince días se retiren todas las fuerzas del Gobierno que están en este Río para Guaymas ó Hermosillo, y de no hacerlo así, pueden ustedes obrar de la manera que les convenga; yo, en unión de mi nación, estamos dispuestos á hacer la última defensa que hacen todos los hombres, por ser un deber sagrado que sostiene el hombre hasta la última diferencia. No ofreciéndose más, espero que tendrá Ud. la bondad de contestarme para mañana á vuelta de correo. Su atento y S. S.,

JOSÉ M. L. CAJEME.

Río de Yaqui y Mayo."

Aunque el Gral Hernández comprendió que con estas negociaciones no obtendría ningún éxito, contestó á Cajeme que el Río Yaqui no era una nación diferente de la República Mexica-

na, que el Gobierno podía mantener sus fuerzas donde le pareciera conveniente para hacer respetar las leyes, guardar el orden y dar garantías á los ciudadanos y á los pueblos y que, por lo mismo, no debía exigir la condición de que se alejaran las fuerzas del Yaqui, porque no era de concedérsele. Con esto quedó terminado aquel incidente, pues ya á Cajeme le pareció ocioso continuar la discusión.

Para comunicar nuevo impulso á las operaciones y evitar las depredaciones de los indios, el General Martínez, que estaba en Alamos, se vino á Córorit, después de ordenar al Coronel Rincón que saliera de Navojoa con una columna de fuerzas y recorriera las márgenes del Mayo hasta Santa Cruz. En Córorit dispuso que el Gral. Hernández emprendiera de nuevo una expedición sobre la Sierra del Bacatete, y al Teniente Coronel Gonzalo del Valle lo destacó sobre la costa, en donde se creía que se habían refugiado algunas partidas de Yaquis.

Al General Otero le había encomendado la vigilancia desde Buenavista hasta el Valle de Guaymas, para evitar la salida de los indios de la sierra. El Coronel Rincón recorrió el Mayo como se le había prescrito, encontró diversos grupos de indios, los batió haciéndoles doce muertos, y regresó á Navojoa el 20 de Octubre con ciento veintiún prisioneros de ambos sexos y de todas edades. El General Hernández hizo una batida por la sierra, encontró también pequeñas partidas de indios que huían, mató cuatro de ellos y por los Pilares y la Misa regresó al Médano el 1.º de Noviembre.

La misión más difícil era la encomendada al General Otero, pues á más de la extensión de la línea que tenía que cubrir, no contaba con otra fuerza que unos 40 caballos del 11.º Regimiento que se habían puesto á su disposición en la Misa, pues aunque se le autorizó para disponer de las Guardias Nacionales de Buena Vista y Cumuripa, carecía de armas, sobre todo de recursos para ponerlas en campaña. Sin embargo, no desmayó en el cumplimiento de su deber: con algunos vecinos que pudo reunir persiguió hasta Tórin á una partida de Yaquis que apareció cerca de Baroyeca, situó en la Bonancita el piquete de caballería del 11.º Regimiento, y con esta pequeña fuerza y con 30 hombres de Guardia Nacional que puso á sus órdenes el Gobierno del Estado, se ocupó en vigilar é impedir las excursiones de los indios de la sierra, hasta que el General en Jefe reforzó esta línea con más tropas.

Estas medidas hacían cada día más aflictiva la situación de los indios. La falta de medios de subsistencia había llegado al último extremo desde que ya no podían salir á recoger ganado en los ranchos inmediatos al Bacatete; cada día aumentaba el número de los que salían huyendo del Yaqui horrorizados de aquella situación y extenuados por el hambre, y en consecuencia, el número de los que aún se mantenían firmes era cada día más escaso. Cajeme había abandonado la sierra para volver al Río, y apenas lograba mantener á su lado un corto número de indios adictos, con quienes, huyendo día y noche, se escapaba de bosque en bosque. Sin embargo, su carácter no se doblegaba ante el infortunio, y á pesar de aquel estado de miseria, aún procuraba defenderse, aún procuraba hacer todo el daño posible al enemigo cuando podía aprovechar una oportunidad. El 30 de Octubre, un grupo como de 100 indios atacó á una escolta del 12.º Batallón, que cuidaba las mulas de este cuerpo á inmediaciones de Tórin, mató dos soldados, hirió al oficial y se llevó cuatro mulas. Estos incidentes, que se repetían cada vez que una pequeña fuerza se separaba de los destacamentos ó de las columnas expedicionarias, obligaban á los jefes á ser precavidos y les demostraban que aún era necesario no tener confianza en el abatimiento de los Yaquis.

Por lo demás, la persecución continuaba sobre ellos incesantemente: se comprendía la necesidad de no dejarles un momento de descanso, y no se les dejaba. En los primeros días de Noviembre, los Generales Hernández y Topete emprendieron una nueva expedición por ambas márgenes del Yaqui por lugares que algunos prisioneros señalaban como guaridas de



los indios. Durante catorce días que duró esta operación, hubo varios tiroteos con pequeñas partidas de Yaquis que aparecían por los bosques y huían sin hacer resistencia, se les hicieron varios muertos y se les cogieron como tres prisioneros, entre ellos el General del pueblo de Vicam; en seguida el Gral. Hernández destacó tres columnas con 200 hombres de infantería y el 1er. Cuadro de Regimiento, dos por un lugar llamado el Buiarume y la tercera hacia las marismas de la Pitahaya. Las dos primeras encontraron en el Buiarume un grupo de indios dispuestos á defenderse, se trabó el combate, y fueron derrotados, perdiendo doce muertos. El suegro de Cajeme, un indio de edad ya avanzada, de nombre Tachino, fué herido en este encuentro y murió poco después.

Por lo bien armados que estaban estos indios y por sus vestidos, se creyó que serían de la escolta personal de Cajeme.

A fines del mismo Noviembre el Coronel Rincón batió varias partidas de Mayos en terrenos de Tukuribampo y el Carrizo, tomándoles 37 prisioneros y haciéndoles 6 muertos. En Diciembre, otra partida de Mayos atacó un pequeño destacamento que había en Santa Cruz, pero fueron rechazados y perdieron varios muertos.

En el Yaqui había sido y continuaba siendo tan activa y tan terrible la persecución contra los restos de aquella heroica tribu, que los grupos de ella que aún se conservaban armados, no pudiendo una vez más sostenerse en las márgenes del río, repitieron la operación de volver á la Sierra del Bacatete, con la esperanza de encontrar un refugio más seguro en la montaña y de poder proveerse de alimentos ejecutando algunas salidas, ora por el Valle de Guayma, ora por los ranchos situados al Norte de la cordillera.

No mejoró en la sierra la situación de aquellos desgraciados, pues además del hambre tenían que sufrir un invierno riguroso sin tener ni harapos para cubrirse. Acosados por la más apremiante de todas las necesidades, salieron de la sierra la noche del 6 de Diciembre, como 200 indios, llegaron á la pequeña hacienda de la Jaimea y se llevaron como 100 fanegas de maíz y 40 bueyes, recurso precioso para ellos en aquellas circunstancias. Bien caro lo pagaron por cierto.

El piquete del 11.º Regimiento que estaba en La Misa y algunos vecinos de esta hacienda, los persiguieron inmediatamente, los alcanzaron ya internándose en la sierra y les hicieron siete muertos. No fué esto todo, pues en seguida la misma fuerza del 11.º y 30 hombres del Estado, que mandaba el Capitán Ignacio Ramos emprendieron una campaña sobre la sierra y en diversos tiroteos mataron 38 indios y recogieron algunas armas y animales.

Además, el General Otero por la parte de la cordillera que se llama el Tácale, batió varias partidas de Yaquis haciéndoles 17 muertos.

Las miserias que sufría la tribu habían llegado al último grado de exasperación. Sin haber podido sembrar, por que la campaña no se los permitió, consumidos ya los ganados de una manera completa y sin poder proveerse de alimentos en ninguna parte, los indios se morían de hambre.

Sin ropa para abrigarse, sin habitaciones, obligados á huír siempre y en medio de un invierno riguroso, sufrían horriblemente por el frío. Era una fortuna para ellos encontrar un campo de bledos y tener tiempo para recoger la semilla y hacer con ella un alimento grosero é insuficiente que comían con avidez. El bledo, que es un mal forraje para las bestias, era para los indios un regalo. Para escaparse del frío por la noche, sin hacer fuego que los descubriera al enemigo, hacían excavaciones en el suelo, se acostaban en ellas dejando fuera solamente la cabeza y se cubrían con la tierra que habían removido. Así, medio sepultados, escapaban siquiera del viento helado de la noche.

Varios de los jefes habían muerto, entre otros, los Gobernadores de Bácum y de Vicam,



GENERAL ABRAHAM BANDALA